

José Fernández Bremón



**Diálogo
Madrileño**

textos.info
biblioteca digital abierta

Diálogo Madrileño

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8409

Título: Diálogo Madrileño

Autor: José Fernández Bremón

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 1 de agosto de 2024

Fecha de modificación: 1 de agosto de 2024

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Diálogo Madrileño

Joven.—¡Ea! Don Gustavo, no es bueno acurrucarse en el sillón y cavilar: le convido a usted a todo lo que quiera; comeremos en el mejor restaurant; iremos a los toros.

Viejo.—¿En domingo y en tranvía, para ver media corrida y comer luego a la francesa? Gracias.

J.—Perdone usted: olvidaba que no pertenece usted a nuestro tiempo, y sólo le gustaría ir a los toros en lunes y en calesa: comeremos en casa de Botín y le llevaré a la botillería de Pombo.

V.—Es inútil resucitar lo que ha pasado: soy un superviviente de todo lo que amé. No me gusta la literatura de ustedes, ni sus guisos, ni sus juegos: no saben ustedes hacer siquiera chocolate: sus mesas de billar son para niños, y no hay ni una para jugar con taco seco a la española. Madrid no existe ya. Se ha deshecho la tercera parte del Retiro, que empezaba en toda una acera del Prado, desde los jardines que llevan hoy su nombre; media pradera de la Virgen del Puerto ha desaparecido, y en vano busco la montaña del Príncipe Pío, otro sitio de recreo. Hay empeño en entristecer todo lo gratuito, para obligar a que se compre un poco de alegría.

J.—Es que Madrid ensancha, embelleciéndose.

V.—Podrá ser, pero ya no lo reconozco como mío. ¿Quién se acuerda de la iglesia de Santa María, donde Preciosa, la gitanilla de Cervantes, bailó al compás de las sonajas ante la imagen de santa Ana, patrona de la villa, ni quién se acuerda de ese patronazgo? Ni el parque de Monteleón ni el convento de Maravillas, con sus recuerdos del Dos de Mayo, merecieron compasión. ¿Quieren ustedes calles rectas y casas altas para subir cómodamente al cielo en ascensor? El campo es ancho, y aumenten la población hasta Toledo y será Madrid villa de pesca. No puedo vivir en casas sin gateras donde entre y salga mi morrongo, y sin buhardillas

interiores donde y jubilar y no abandonar los trastos viejos, porque me considero uno de tantos. Detesto las chimeneas de leña que prenden el hollín escandaloso: ni me conformo con no hallar en las tiendas pomada del oso, obleas de goma, plumas de ave, cajas de pistones, tiradores de campanillas, botas de caña, rapé, chufletas ni pajueta. Jamás transigiré con una generación que ha perdido la verdadera receta de los bartolillos, magdalenas y paciencias.

Mientras peroraba don Gustavo se había puesto los tirantes, la corbata de armadura, las demás prendas, y pedía a voces su espadín.

J.—¿Es espadín?

V.—Nunca he salido sin él: pero ahora lo llevo oculto en el bastón.

J.—¿Para qué?

V.—Para ensartar al ciclista que me eche encima el aparato: ¿qué necesidad hay de rodar entre gente? Aunque será inútil para defenderme del cable eléctrico que caiga en mi cabeza, o de la explosión de gas que me eleve hasta un cuarto segundo. ¿Segundo dije? Pues no dije nada, porque hoy se llama segundo a un piso casi último. ¡Servidor de vucencia! Pero ¿a quién saludo? ¿Pues no creí que ese que ha pasado era Calomarde?

J.—¡Qué amigos tuvo usted!

V.—Sí; pero quiso ahorcarme por gritar «¡viva la Constitución!». Entonces nos fusilábamos los amigos; hoy se venden entre sí: nos divertíamos más que ustedes; hacíamos barricadas y se tocaba a generala en las esquinas: ¿en qué calle estamos? No responda usted, porque no la conocería por su nuevo título; tendrá el nombre de un concejal o de un poeta, tan desconocidos para mí como esos transeúntes con el mismo hongo y la misma americana. ¿Quién distingue al duque del lacayo? ¡Vaya un mundo pintoresco!

J.—Confiese usted que los tranvías son cómodos y baratos.

V.—Cómodos para el que halla asiento y no va en la plataforma abrazado a un tomador. ¿Y no resulta caro el vicio que hemos tomado de no andar? Han hecho ustedes inútiles las piernas.

J.—Pero lo que es nuestro alumbrado es preferible al de aceite.

V.—El de aceite convidaba a dormir, que es el destino de la noche; entonces había silencio, y se dormía más profundamente.

J.—¿Y el canal de Lozoya?

V.—¿Y el reuma y las turbias?

J.—¿Y estas calles y plazas aireadas?

V.—Dígamelo, que sufrí dos pulmonías. Ya no hay guardacantones para que repose de su carga el hombre fatigado, ni llueve a chaparrón, por haber escondido los canales, ni existe el arroyo, y necesito cavilar para reducir los kilómetros a leguas y a litros las azumbres.

J.—Me da usted una idea con esos caños salientes que caían de los tejados. Son infinitos saltos de agua que puede utilizar el Municipio ahora que las casas son tan elevadas: cuánta energía eléctrica, y el agua aprovechada en baños públicos, fuerza, higiene, riqueza.

V.—¿Qué disparata usted?

J.—Madrid ensanchado: grandes vías en forma de estrella, y su centro el parque del Retiro.

V.—¿Dónde venden bombas de dinamita? Porque si no se venden hoy, se venderán como los revólveres y las navajas traperas. Es lo único que acepto de estos tiempos.

J.—¿Para qué quiere usted las bombas?

V.—Para volarle a usted y a sus ideas.

J.—Don Gustavo, retiro mi convite; ya no vamos a casa de Botín.

V.—¿Y qué iba a hacer en esa casa? ¿Verle a usted devorar un cochinillo y unas perdices estofadas? Yo almuerzo, como y ceno en una cabrería; estoy a dieta láctea.

J.—Pues, respetabilísimo señor, cuando se tienen esas ideas y ese estómago...

V.—¿Qué?

J.—Que debe uno morirse.

V.—¿Morirme? Si no puedo.

J.—¿Quién se lo impide?

V.—Los gobiernos. Tengo pagado mi nicho en la Patriarcal, y me han cerrado el cementerio.

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a su patria; ya en ella fue colaborador de *El Globo*, *El Bazar* (1874-1875),

Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.

